

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

RELATOS DE NAVIDAD

S. MILLÁN – 2020

RELATOS DE NAVIDAD

EL ANGELITO

Había una vez un angelito muy hermoso, pequeño y jovencito que un día oyó cantar a los ángeles del coro celestial y se puso a cantar con ellos. Le preguntó a uno de ellos que para qué ensayaban tantos días seguidos y le respondió: *El 24 de diciembre en la noche nacerá nuestro Rey, el Hijo de Dios, y vamos ir a cantarle para que todos en la tierra sepan que ha nacido el Rey de reyes y Señor de los Señores.*

Entonces él manifestó su deseo de ir también a cantar con ellos, pero le respondieron que no podía ir, porque era muy joven, no se sabía las canciones y, además, ellos irían deprisa y él no podría seguirles en su viaje a la tierra. El pobre angelito se quedó triste y se fue a pedir ayuda al Padre celestial, que le dijo que podía ir, pero tendría que ir solo, despacito, de estrella en estrella, pero que debía ir un par de días antes del acontecimiento.

El angelito se alegró y se sentía el ángel más feliz del mundo, porque tenía permiso para ir a la tierra a cantarle al Niño Dios. Un par de días antes, como estaba previsto, se despidió de Papá Dios y se puso en camino. De estrella en estrella, sin correr mucho, fue descendiendo a la tierra. Cuando llegó, se dio cuenta de que estaba lejos del lugar donde nacería el Salvador. Y se tomó su tiempo, porque tenía todavía tiempo disponible y se fue caminando para conocer un poco la tierra de los hombres, pues él no había salido nunca del reino de los cielos.

Mientras iba caminando, se encontró un nido con unos pajaritos que se habían caído del nido y los recogió y los colocó en su lugar. Siguió caminando y vio a un niño pobre, sucio, llorando de frío y de hambre. Se le acercó y le preguntó: *¿Qué te pasa amiguito?* El niño le contó sus penas y él lo acarició, lo besó y le ofreció unas frutas que cogió de un árbol muy alto de la selva. Caminando, caminando, quiso conocer cómo eran las casas de los hombres y llegó a un pueblo y tocó a la primera puerta. Pidió un vaso de agua y le dijeron que no se lo podían dar, porque era un desconocido y no se fiaban de él. Siguió adelante y tocó en otra puerta. Pidió algo de beber, lo miraron y les pareció una persona rara y le cerraron la puerta sin más. Pero en la tercera puerta sí le abrieron y le ofrecieron pasar adelante para tomar una sopa caliente, pensando que tendría hambre y frío, porque estaban en invierno.

El angelito se sintió feliz de la buena acogida. En la casa vivía una familia: los papás y tres hijos, más el abuelo, un anciano bondadoso que lloraba porque no podía caminar. Entonces el angelito, le sonrió y le trajo una medicina celestial con la que se curó, alegrando así a toda la familia, que se quedó muy agradecida.

Ya faltaba poco para el nacimiento del Niño Dios y se apresuró a ir a Belén, donde tuvo que esperar un par de horas, que dedicó a ayudar a san José en preparar la cueva para recibir al rey celestial. Al poco rato, llegaron todos los ángeles del coro y se asombraron de verlo tan alegre y trabajador. Y en el momento del nacimiento de Jesús, todos cantaron y se alegraron con los pastores y María y José.

Los ángeles estuvieron felices, viendo al recién nacido, y antes de despedirse le ofrecieron sus regalos, al igual que los pastores. El angelito chiquito se quedó el último y le dijo a María: *Mamá, yo soy pequeñito y no tengo nada que ofrecer a Jesús, pero le ofrezco mi corazón lleno de besos de amor, porque lo quiero mucho.* La Virgen le contestó: *Hijo mío, tu regalo ha sido el mejor de todos. Tú, mientras caminabas hacia aquí, has ayudado a los pajaritos, al niño pobre y al anciano triste. Tú corazón está lleno de amor y Jesús te lo premiará.*

En ese instante, el angelito vio que de Jesús salió una luz brillante y resplandeciente que iluminó al mundo entero y el ángel se sintió lleno de una alegría tan grande, que le parecía que se iba a morir de tanto amor que sentía por Jesús y por todos los seres humanos del mundo entero. Entonces le dijo a María y a san José: *Yo les prometo que todos los años vendré a visitar a Jesús por su cumpleaños y a cantarle para hacerlo feliz. Quiero que él sea mi rey y mi Señor por los siglos de los siglos.*

San José y la Virgen se quedaron encantados con el angelito y le dieron al Niño para que lo abrazara y le manifestara sus sentimientos de amor. El angelito estaba feliz con Jesús y lo abrazaba y lo besaba con tanta ternura que lloraba de emoción. Después se despidió y se fue a contar en el cielo su aventura terrenal y la alegría que sintió al comprender que Jesús era el Sol del mundo, que venía a la tierra a dar luz, amor, paz, esperanza y vida en un mundo de muerte y de tinieblas, alejado de Dios.

Al año siguiente y en los que siguieron, vino a celebrar el cumpleaños de Jesús con María y José. Ese día era el más esperado y emocionante de cada año para él. Y veía cómo Jesús iba creciendo y se hicieron amigos y jugaban juntos y se hicieron la promesa de nunca separarse y vivir unidos por toda la eternidad.

Cuando ya Jesús iba creciendo, el angelito también se hacía más grande y bajaba algunos días entre el año para ayudarlo en la carpintería y jugar con su amigo Jesús. El Padre celestial bendecía esa amistad y los dos amigos crecían juntos y trataban de ayudar a la gente del pueblo a ser mejores y más felices.

Cuando Jesús llegó a los 30 años y empezó a predicar y a hacer milagros, el angelito tuvo permiso del Padre celestial para estar permanentemente al lado de Jesús como otro ángel custodio más. Le ayudaba cuando estaba sediento o hambriento o estaba cansado de tanto caminar..., incluso cuando hacía milagros, el ángel preparaba los corazones de los presentes, enfermos o sanos para reconocer a Jesús como el Mesías prometido.

El día en que Jesús celebró la Última Cena e instituyó la Eucaristía, ahí estaba el ángel a su lado preparando el corazón de los apóstoles para entender el gran misterio que se celebraba y aceptar llenos de gozo el nuevo poder que les otorgaba Jesús de celebrar la Eucaristía cada día como otros Jesús en el mundo.

Ese día el ángel entendió y se maravilló de la infinita ternura de Dios al haber escogido a aquellos hombres pobres, sencillos e ignorantes para ser sacerdotes para siempre y entendió, como nunca antes, que Jesús, el Sol del mundo y el Rey de reyes, hacía realidad en cada misa el misterio de la Navidad. En la misa, por medio de esos hombres débiles, pecadores e ignorantes, se volvía a hacer presente entre los hombres como en la primera Navidad y, siendo infinito y todopoderoso, se hacía niño y se escondía en la hostia consagrada para que no le tuvieran miedo, sino que se acercaran a él con la sencillez de los niños para celebrar la eterna infancia de Jesús. Un Dios hecho niño para siempre por amor a nosotros, que se hizo pequeño para enseñarnos humildad. Como dijo san Atanasio: *El hijo de Dios se hizo hombre para que los hombres pudieran llegar a ser hijos de Dios.*

Sin embargo, mientras él, Dios todopoderoso, se hacía pequeño y humilde, muchos hombres se creían todopoderosos por creer en la ciencia, despreciando a Dios y rechazándolo. He aquí el gran drama de la historia humana. La soberbia humana se crea sus propios dioses (ciencia, dinero, fama, poder...) mientras que la humildad divina se acerca a nosotros como un niño pequeño en la hostia consagrada, para vivir entre nosotros, en la pequeña cueva de Belén del sagrario de nuestras iglesias.

Desde aquel día de Jueves Santo, en que Jesús celebró la Última Cena, los apóstoles siguieron celebrando la Eucaristía (misa) y en cada misa se actualizaba el misterio del nacimiento de Jesús como en la primera Navidad. Y así a lo largo de los siglos, Jesús sigue naciendo de nuevo, no solo cada Navidad, sino cada día en miles de misas en distintos lugares del mundo. Jesús ya no es judío, es

también ruso, polaco, norteamericano, español o peruano. Es el hombre-Dios de todos y para todos, pues a todos viene a salvar y a dar una nueva vida con amor, paz y esperanza.

Y nuestro angelito sigue asistiendo cada día al nacimiento de Jesús en algunas de las misas que se celebran en el mundo e invita a todos los ángeles y santos y almas del purgatorio y niños muertos sin bautismo a asistir a las misas para que puedan celebrar juntos este misterio; y los que necesiten ayuda en el purgatorio, puedan recibir inmensas bendiciones para ser purificados y llevados al cielo cuanto antes.

¡Qué maravilla es el misterio de Navidad! Todo un Dios infinito, eterno y todopoderoso, que se acerca humildemente a sus queridos hijos los hombres para demostrarles su amor, esperando de ellos al menos un gesto de amor.

Cada Navidad tiene una frescura especial, no es una simple repetición, porque nunca pasa de moda. La Navidad tiene una frescura eterna. Es siempre antigua y siempre nueva. Navidad es Jesús y Jesús nunca puede ser anticuado o pasado de moda. Está siempre vivo y cercano entre nosotros como un amigo inseparable y, si queremos encontrarnos con él, basta con asistir a una misa o visitarlo en un sagrario de nuestras iglesias, donde siempre está esperándonos para bendecirnos y consolarnos y ayudarnos.

Meditemos en la infinita ternura de Dios hecho hombre, que ha querido hacerse nuestro compañero de camino, que ha querido sufrir como nosotros y mucho más que nosotros. Que ha querido quedarse en la tierra para que podamos visitarlo y hablar con él de tú a tú, como con un amigo cercano.

Hagámonos niños para acercarnos a él, que se hizo niño por amor a nosotros. No olvidemos la eterna infancia de Jesús. Recordemos que el angelito del cuento puede ser nuestro auténtico ángel guardián, que cada día desea asistir con nosotros a la misa y que se alegrará si nos acercamos a comulgar. En la misa es el mismo Jesús de Belén, quien se hace presente; y en la comunión es el mismo Jesús que nace en nosotros al recibirlo en comunión.

¿De qué hubiera servido que Jesús hubiera nacido mil veces en Belén, si no nace en nuestra vida y en nuestro corazón? ¿De qué nos sirve que Jesús se haga presente cada día en la misa y quiera que lo recibamos en nuestro corazón, si no asistimos y no comulgamos? Seamos como los ángeles que asisten todos los días al misterio de la Navidad en las misas de la tierra y están firmes, adorando a Jesús en los sagrarios. Unidos a nuestro ángel custodio, vayamos a misa y adoremos a Jesús, que quiere que lo recibamos como cuando en Navidad los

pastores y los magos pudieron recibirlo en sus brazos y disfrutaron de su inmenso amor.

Paúl Claudel, en su libro *Mi conversión*, nos dice lo que le sucedió el 25 de diciembre de 1886, en la iglesia de Notre Dame (Nuestra Señora) de París: *Tuve de repente el sentimiento emocionante de la inocencia, de la eterna infancia de Dios. Era una revelación. Fue como un destello de luz: Dios existe y está ahí, me ama. Las lágrimas y sollozos acudieron a mí y el canto tan tierno del Adeste fideles, aumentó mi emoción*¹.

El cuento del angelito puede ser real en tu vida, si tú quieres amar cada día más a Jesús y amarlo y adorarlo en cada misa y comunión. Sé un ángel de Dios como tantos ángeles de los sagrarios. No te olvides de tu ángel de la guarda y vive la frescura eterna de la Navidad todos los días. Acércate a la eterna infancia de Jesús con el corazón sincero y humilde y sé un ángel de ternura y amor para Jesús y para todos los que te rodean.

Y ahora, si has comprendido que cada día es Navidad en cada misa y comunión, acércate a Jesús y dile con todo tu cariño: *Jesús, te quiero mucho, mucho*. Y pon en tu corazón un letrero con letras de oro, que diga: *Hoy Jesús ha nacido, hoy es Navidad*. Y repite con los ángeles en cada misa: *Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*.

Recuerda y no olvides nunca que para el hombre que ama siempre es Navidad y para el que tiene fe y asiste a misa y comulga, todos los días es Navidad.

EL ATEO CONVERTIDO

Había una vez un jovencito que era ateo. En su país en todas las escuelas los maestros enseñaban que Dios no existe y que era un cuento que habían inventado los sacerdotes para tener a la gente bajo su dominio y conseguir dinero fácil. Le decían que los hombres habían inventado la existencia de Dios para poder explicar muchos fenómenos de la naturaleza, que eran incomprensibles.

El joven fue creciendo y, a veces, se preguntaba a sí mismo por qué había otros países donde sí se enseñaba que Dios existía y la mayoría creía en Dios.

¹ *Ma conversión*, en *Les temoins*, de la revista *Renouveau catholique* de Th. Mainage pp. 63-71.

¿Acaso eran pueblos menos inteligentes que el suyo? ¿Acaso los científicos habían descubierto como algo cierto y seguro que Dios no existía y que todo era fruto de la evolución? Y se preguntaba: *Entonces, ¿por qué el universo en que vivimos solo existe desde hace unos trece mil o veinte mil millones de años, según los mismos científicos? Si antes no existía, ¿de dónde surgió? ¿Acaso de la nada pueda salir algo? De la nada no sale nada. ¿Y si había algo, de dónde nació ese algo? Era un joven inteligente y sintió en su corazón un inmenso deseo de conocer la verdad.*

Un día se decidió. Tenía ya 20 años y se fue a recorrer el mundo para encontrar a Dios. Si existía, lo tenía que encontrar. Si no lo encontraba después de hacer todo lo posible por encontrarlo, sería que realmente no existía y entonces podía dormir tranquilo y dedicarse a la buena vida. Porque como diría Dostoievski: *Si Dios no existe, todo está permitido.*

Comenzó por recorrer las universidades, consideradas las fuentes del saber humano. Preguntó a los mejores científicos del momento. Hizo entrevistas a reyes poderosos, a gente famosa del deporte o de la canción, a los astronautas y también preguntó a gente muy rica e incluso a eclesiásticos de distintas religiones. Muchos le decían que no creían en Dios y los que decían creer en él, reconocían que nunca lo habían visto. En resumen, se quedó con muchas dudas y sin ninguna certeza.

Un día ya estaba a punto de regresarse a su país y a su casa, desilusionado, cuando se sentó a descansar en un lugar cercano a una casa muy grande. Estaba sudoroso, tenía hambre y sed. Y al ver aquella casa grande y tan cercana, decidió ir a pedir un poco de agua y de comida. Al llegar vio un letrero: *La casa de Dios.* No le emocionó demasiado. Tocó el timbre y salió un anciano. Era un monje, que lo recibió con amabilidad y le pidió que se sentase en el recibidor para traerle lo que deseaba.

Después de saciar su sed, le preguntó al monje: *¿Usted conoce a Dios? “Sí”, le respondió. ¿Usted lo ha visto? “No precisamente, pero he sentido su presencia y su amor”. ¿Dónde lo puedo encontrar? Quisiera conocerlo y hablar con él. Quiero estar seguro de que él existe.* El monje le sonrió y le dijo: *Dios existe y se manifiesta a quienes lo buscan con sincero corazón. Te voy a llevar al lugar donde está para que le hables y con toda seguridad él te manifestará su presencia, aunque no lo veas. Es como si yo te dijera que existen las ondas de radio, aunque no las veas, y puedes sentir su presencia a través de las voces de quienes hablan y lo mismo sucede con la televisión.*

No importa ver con tus ojos corporales, lo importante es sentir su amor y su presencia, porque Dios es espíritu. Sin embargo, hay algo que debes saber:

Dios vino a la tierra, se presentó ante los hombres bajo la figura de un hombre, Jesucristo. Nació en Belén y predicó al pueblo de Israel y murió crucificado. Es tanto su amor por los hombres, que él ha creado y a quienes ama infinitamente, que fue capaz de sufrir como un ser humano y más que cualquiera. Y se hizo pequeñito como un bebé, que tenía hambre y tenía frío, y extendía sus bracitos, esperando el cariño de los seres humanos.

Jesús es la ternura infinita de Dios hecho hombre. Jesús es el Dios del amor, de la alegría, de la paz y de la esperanza, especialmente para los pobres y para quienes más sufren. Él no los desampara y les tiene reservado un lugar en el cielo para ser felices con él por toda la eternidad.

El joven escuchaba impaciente y por fin le preguntó: *Por favor, lléveme cuanto antes al lugar donde está. No importa, si está escondido a mis ojos, quiero que me oiga y que me responda de alguna manera para estar cierto de su existencia.* El monje lo llevó a la capilla y señalándole el sagrario, le dijo: *Aquí está Jesús, el Hijo de Dios que nació en Belén y murió en la cruz. Te estaba esperando, háblale con confianza, él se sentirá feliz de escucharte.* Y el monje se retiró para dejarlo a solas con Jesús.

El joven creía que todo lo que le había dicho el monje era un cuento para niños muy bonito, pero no real. Sin embargo, pensó que no perdía nada por intentarlo como última alternativa, ya que había decidido regresar a su país y a su casa para decirles a todos que Dios no existía, que él lo había buscado por muchos lugares y entre los hombres más importantes del mundo y no lo había encontrado. Así que empezó a hablar, por si acaso Dios estuviera allí presente.

Le dijo más o menos así: *Dios, si estás ahí, quiero que me escuches y me respondas. Yo he estudiado y te he buscado por todas partes y he preguntado a mucha gente y no me han sabido responder. Si existes, dime dónde estás. Quiero saberlo para contárselo a todo el mundo. En caso contrario, si no me respondes, sabré una vez más que tú no existes y me pasaré la vida luchando contra todos los que engañan a los ignorantes y necios, hablándoles de ti.*

No sintió nada, pero salió de la capilla con la idea de que todavía era pronto para decidir la cuestión. Habló con el padre abad y le pidió permiso para quedarse durante toda una semana en el monasterio, antes de decidir definitivamente que Dios no existía. El abad se lo concedió y todos los días se paseaba por los jardines, hablaba con algunos monjes sobre su vida y se pasaba algunas horas en la capilla, esperando la posible respuesta de ese Dios que todos los monjes decían que existía y estaba allí, en el sagrario de su iglesia.

El último día de su estancia, pensaba irse por la tarde y dejar para siempre el tema, dándolo por solucionado: Dios no existía. Prácticamente se sentía desilusionado de haber perdido su tiempo en ese convento. Nada había cambiado para él. Lo único que le había gustado era el testimonio que uno de los monjes le había contado. Se trataba de un monje sencillo del convento, no era sacerdote y hacía las tareas más humildes. Él le contó su propia historia así:

Yo era un joven ateo; como me inculcaron mis amigos y maestros. La religión para mí era una vieja quimera. Los cristianos creía que eran una especie retrasada en el camino de la evolución. El problema de Dios lo había resuelto la ciencia hacía siglos por su no existencia y a mí me parecía que la religión estaba tan superada que ni siquiera yo era anticlerical, pero veía a los creyentes como pobres ignorantes y retrasados mentales, atascados en una mentalidad anticuada e infantil.

Cuando cumplí los 18 años, ese día tenía un montón de dinero en mis manos y pensé pasar la tarde con una prostituta. Me dirigí a un prostíbulo conocido y en el camino encontré a un pobre mendigo flaquísimo. Cuando quise pasar junto a él, me tendió la mano, pidiéndome una limosna. No sé exactamente por qué, pero tuve un gesto de compasión, tomé todo mi dinero y se lo di. Me regresé a mi casa caminando, pero me sentí contento porque creí haber hecho una cosa buena

Al poco tiempo me sucedió un hecho sorprendente. Un día fui a dar un paseo con un amigo católico y, al pasar junto a una capilla de adoración al Santísimo Sacramento, es decir, una capilla donde estaba Dios expuesto a la adoración pública en la hostia santa, mi amigo quiso entrar un momento. Me dijo que quería hacer una visita a su gran amigo Jesús. Yo me sentí contrariado al pensar en sus ideas atrasadas, pero le dejé entrar y yo me quedé afuera esperando. Después de unos cuatro minutos, me pareció que ya estaba bien de visitas e, impaciente, entré a la capilla para decirle a mi amigo que saliera, que no me hiciera esperar tanto. Y en ese momento, desde el altar, donde estaba la hostia santa, me llegó una oleada intensísima de luz y amor, que en un instante me hizo comprender que Dios existía y que Dios me amaba. Fue el momento de mi conversión y decidí entregar mi vida al servicio de Dios y aquí estoy hasta la muerte, dedicado a servir y amar a Dios en mis hermanos y orando por la salvación del mundo entero.

El joven quedó sorprendido por este testimonio, pero pensó que podía deberse todo a una simple alucinación o a una emoción producida por un cambio de luces intensas, acompañadas de suaves perfumes producidos por las muchas flores colocadas en el altar e incluso por una bella música de fondo, que daba al ambiente una cierta sensación celestial.

Después de oír su testimonio, se fue a la capilla para esperar por última vez una respuesta a su inquietud antes de irse después de comer. Estaba sentado, pensando en su familia y en que pronto la vería de nuevo, pensaba en lo vacío que se sentía por dentro. Hasta llegó a pensar que hubiera sido hermoso poder creer en Dios y decírselo a todo el mundo y poder llenar el vacío de su vida y sentir la alegría y la paz que veía en los rostros de aquellos monjes buenos y sencillos.

De pronto algo explotó en su interior. Era una alegría inmensa, una paz sin límites, un amor enorme que sentía por dentro. Sin palabras sintió que Dios le estaba diciendo que él existía y lo amaba infinitamente. Fue tan grande su emoción que empezó a llorar de alegría. Después que todo volvió a la normalidad, se fue por el convento gritando: *Dios existe, yo me lo encontré. Dios me ama. Quiero quedarme aquí con vosotros para siempre.*

Dice la historia de aquel monasterio que fue un monje santo y que murió en olor de santidad y su cuerpo quedó incorrupto para testimonio de todas las naciones, para decirle a todo el mundo que Dios existe, que Dios nos ama y que está presente en medio de nosotros en el sacramento de la Eucaristía, donde siempre podremos encontrarlo y visitarlo y recibirlo y adorarlo, porque él es nuestro Dios, que por amor nació en Belén y quiere ser nuestro amigo. Como testimonio de su conversión, los monjes colocaron un letrero ante el sagrario de la capilla, que decía con letras de oro: *Dios está aquí, venid a adorarlo. Hoy es Navidad.*

Sí, cada día en Navidad, porque en la misa sigue naciendo Jesús y, además, sigue naciendo como en Navidad en el corazón de los que lo reciben en la comunión.

&&&&&&&&&&

REFLEXIÓN

Algunos podrán decir que todo lo antedicho es un cuento muy bonito, pero que en el fondo es un bello invento que no tiene realidad alguna y que no da razones de la existencia de Dios y que, lo mismo que algunos dicen que Dios existe, otros pueden decir: *Dios no existe.*

Pero les invito a leer el libro de la conversión del famoso escritor católico francés del siglo XX André Frossard, titulado *Dios existe, yo me lo encontré.* Él cuenta su experiencia de entregar su dinero a un pobre mendigo el día de su cumpleaños, cuando iba a un prostíbulo con 15 años. Él era ateo, de padres ateos.

Con sus 20 años, en 1935, un día se fue a dar un paseo con un amigo católico y, al entrar en la capilla donde estaba su amigo Willemín para decirle que saliera, se encontró con Dios. Ni lo esperaba, ni humanamente podemos decir que se lo mereciera por sus buenas obras. Sin embargo, sucedió y él lo cuenta así: *Se desencadenó bruscamente una serie de prodigios... Vi una fulguración silenciosa... Era como un cristal de una transparencia infinita, de una luminosidad casi insostenible. Sentí que hay un orden en el universo y más allá de este velo (humano) está la evidencia de la existencia de Dios. La evidencia hecha presencia y la evidencia hecha persona de aquel mismo a quien yo habría negado un momento antes y que es dulce, con una ternura no semejante a ninguna otra* ².

Una especie de sol brillaba en el fondo del recinto, pero yo no sabía que se trataba del Santísimo sacramento... Esa luz que vi no era la que nos ilumina o nos broncea. Era una luz espiritual, una luz orientadora como la incandescencia de la verdad. Desde que la entreví, casi podría decir que para mí solo existe Dios ³.

Yo no he soñado. Si hubiera soñado, la vida se habría encargado de despertarme. No me he imaginado nada. Fue una experiencia objetiva. Quiero decir que la alegría me cayó encima como una onda luminosa de repente ⁴.

Hay otro mundo. Su tiempo no es nuestro tiempo, su espacio no es nuestro espacio, pero existe... Es más bello que lo que llamamos belleza, más luminoso que lo que llamamos luz. En él encontramos a los que creíamos haber perdido y que han sido salvados ⁵.

Sí, hay otro mundo. Y no hablo por hipótesis, por razonamientos o de oídas. Hablo por experiencia ⁶. André Frossard tuvo esa experiencia de Dios, que le cambió toda su vida. Por eso, al final de su libro *Dios existe, yo me lo encontré*, concluye: *Amor, para llamarte así, ni toda la eternidad será suficiente.* Esto es como decir que ni toda la eternidad será suficiente para amar a Dios y para decirle cuánto lo amamos.

Y exclama lleno de dolor: *Dios mío, entro en tus iglesias y veo a lo lejos vacilar la lámpara del sagrario y recuerdo mi alegría: ¡Cómo podría olvidarlo! ¡Cómo echar en olvido el día en que se ha descubierto el amor desconocido por el que se ama y se respira, donde se ha aprendido que el hombre no está solo,*

² André Frossard, *Dios existe, yo me lo encontré*, Ed. Rialp, Madrid, 2001, p. 26.

³ André Frossard, *Dios en preguntas*, Ed. Atlántida, Buenos Aires, 1998, pp. 24-25.

⁴ André Frossard, *¿Hay otro mundo?*, Ed. Rialp, Madrid, 1981, p. 48.

⁵ *Ib.* pp. 152-153.

⁶ *Ib.* p. 11.

*que una invisible presencia lo atraviesa, lo rodea y lo espera: que más allá de los sentidos y de la imaginación, existe otro mundo, al lado del cual el universo material, por hermoso que sea, no es más que vapor incierto y reflejo lejano de la belleza de quien lo ha creado*⁷.

EL NIÑO JESÚS

Había una vez una niña, a quien su madre por Navidad le regaló un Niño Jesús y le contó la historia de su nacimiento. Se enamoró tanto del Niño Jesús que lo llevaba a todas partes como si fuera su muñeca preferida, pero para ella no era una muñeca, era el verdadero Niño Jesús. Con él hablaba y trataba de darle de comer y dormía con él y lo abrazaba y besaba con tanto cariño como si fuera un niño normal.

Su madre había hecho un Belén en la casa y la niña quiso poner a su Niño y no a otro en el centro del Nacimiento. Y como veía que todos ponían algún detalle al Belén, ella también quiso hacerle un regalo a su Niño. No tenía dinero para comprar algo bonito y no quería pedirle nada a su mamá. Quería poner junto al pesebre del Niño algo bello de todo lo que ella tenía. Pensó y pensó y por fin tuvo una idea y la llevó a cabo. Tomó una cajita, metió su regalo y envolvió todo en un hermoso papel de regalo.

Por la tarde llegó su papá del trabajo y le preguntó qué había regalado al Niño Jesús. Ella simplemente le dijo que podía abrir la cajita y verlo. El papá con todo cuidado, tomó la caja, la abrió y vio que estaba vacía. Y le preguntó: *¿Esto es lo que le has regalado al Niño? ¿Un poco de aire fresco? ¿No podías haberle regalado uno de tus juguetes o de tus pequeñas joyas o al menos tu hucha de ahorros?* Y la niña le contestó: *Papá, no le he querido regalar nada comprado o que me hayan regalado a mí. He querido darle algo mío. Antes de cerrar la cajita, la he llenado de besos para Jesús y además le he dado mi corazón, lleno de besos y de amor para él. Y se lo he dado para siempre. Yo sé que le ha gustado mi regalo, porque cuando le he puesto la cajita junto al pesebre me ha sonreído, lo he tomado en mis brazos y le he dado millones de besos con todo mi amor.*

El papá se quedó pensativo, pero se admiró del bello corazón de su hija. A partir de ese día, la niña y el Niño Jesús fueron dos amigos inseparables. Hablaban entre ellos, se reían juntos, se abrazaban, se besaban y se querían como

⁷ André Frossard, *¿Hay otro mundo?*, o.c., p. 11.

dos enamorados. Al menos así lo parecía por su modo de obrar. Y la niña con sus seis años decía a todos que de mayor quería ser monjita para ser esposa de Jesús para siempre.

Lo cierto es que vivía con Jesús, que era el centro y el sentido de su vida. Todos los cuadros de María con el Niño Jesús eran para ella como si fueran vivos. Muchas veces le llevaba a Jesús algo de su comida y le invitaba a salir de la imagen para comer juntos. Con frecuencia, cuando no la veían, se subía a una silla para poder besar al Jesús de la imagen. Y no faltaban ocasiones en que se reía mucho y decía que estaba jugando con Jesús. Su amistad con Jesús no tenía límites, pues Jesús ciertamente salía de las imágenes para comer con ella, jugar con ella, reírse con ella y hablar con ella.

Además Jesús le daba lecciones de catecismo y le explicaba todo lo referente a su infancia y a su vida de adulto. Ella lo escuchaba con mucha atención y después se ponía a predicar a su familia lo que Jesús le había dicho. Todos estaban admirados y creían que sería monja de mayor. El Niño Jesús se le siguió apareciendo a lo largo de toda su vida y ella llegó a ser una religiosa santa y, después de su muerte, todos la conocieron como la santa del Niño Jesús; y la representaban en sus imágenes con el Niño Jesús en sus brazos.

Algunos podrán decir que todo esto es un puro cuento para contárselo a los niños ignorantes en Navidad, pero todo ello es mucho más que el fruto de una bella imaginación. Es una hermosa y maravillosa realidad en la vida de algunos santos. Lo que hemos expuesto es sencillamente un pequeño relato de las maravillas que el Niño Jesús hizo en la vida de santa Verónica Giuliani (1660-1727) tal como ella nos cuenta en sus escritos.

Veamos lo que ella misma escribe sobre sus experiencias con el Niño Jesús en el *Summarium super dubio* del proceso de canonización de santa Verónica Julianis, Roma, 1800; y también en sus escritos traducidos al español: *Un tesoro oculto. Diario de santa Verónica de Julianis*, librería de Subirana, Barcelona, tomos I, II, III, publicados en 1905; IV y V en 1906; VI y VII en 1907 y tomo VIII en 1909. Otro libro importante es el de Iriarte Lázaro: *Santa Verónica Giuliani, experiencia y doctrina mística. Relatos autobiográficos*, Ed. BAC, Madrid, 1991. Y recordemos que es una gran santa de la Iglesia católica, lo que significa que es una persona digna de fe.

Nos dice: *A los tres o cuatro años, estando una mañana en el huerto gustosamente entretenida en coger flores, vi al Niño Jesús, acompañándome en coger dichas flores. Al punto dejé de cogerlas y me fui hacia el divino Niño con deseo de abrazarlo y me pareció que me decía: “Yo soy la verdadera flor”. Me hallaba con la atención fija en él. Se me había grabado en la mente de tal modo*

que estaba como loca y no me daba cuenta de lo que hacía. Corría de un sitio para otro para ver si lo podía encontrar. Y recuerdo que mi madre y mis hermanas trataban de detenerme para que no siguiese corriendo y me decían: “¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?”.

Yo me reía y no decía nada y sentía que no podía estar quieta. A cada paso volvía al huerto para ver si aparecía. Todo mi pensamiento estaba fijo en el Niño Jesús.

Cuando llegaba el tiempo de Navidad no cabía en mí de alegría. Más de una vez, mientras miraba al Niño reclinado en el pesebre, lo veía lleno de resplandores ⁸.

A veces iba al aposento en que estaba la imagen de María con Jesús en brazos y decía: Jesús mío, venid conmigo que haremos juntos las devociones. Oh Virgen, dadme a este vuestro hijito para que me acompañe. Y súbitamente veía la dicha imagen toda trocada y hacerse muy hermosa, no viéndola ya en pintura, sino verdadera y real. Y todo lo bueno que podía tener se lo llevaba al Niño Jesús. Una vez le rogué que se dignase comer conmigo y me parece que una sola vez tomó un bocadito ⁹.

Otras veces, estando en misa, a la elevación de la hostia, veía en ella al Niño Jesús visiblemente y quería correr junto al sacerdote, pero mi madre me detenía ¹⁰.

Un día, Jesús Niño vino como en vuelo a mis brazos y se apoyó con su cabecita sobre mi pecho de la parte del corazón. Estaba precisamente sobre él que dormía plácidamente, pero durante su sueño me hacía estar despierta y su Corazón y mi corazón se unían de tal suerte que mi corazón se convirtió pronto en un horno de amor ¹¹.

Otro día, la santísima Virgen puso al Niño Jesús en mis manos. ¡Oh Dios! No puedo explicar con la pluma lo que en aquel momento experimenté ¹².

Un día entre otros, habíame hecho daño en las manos, en modo tal que iba a llorar amarguísimamente. Sin embargo, quería callar para no ser oída, y para sufrir con más pena. Súbitamente aparecióse ante mí el Niño Jesús, con semblante risueño y me dijo: “¿Qué haces?”. Y yo respondí: “Padezco por

⁸ Ib. p. 62.

⁹ *Un tesoro oculto*, tomo I, p. 62.

¹⁰ Ib. p. 60.

¹¹ Tomo VII, p. 639.

¹² Tomo V, p. 29.

Jesús”. Y él, como jugando, me agarró de la mano y dijo: “Tranquilízate, yo quiero curarte. Procura no amar a nadie más que a Jesús. Yo soy”. Y enseguida desapareció. Al momento me encontré curada.

Otra vez, tenía en la mano y en el bolsillo muchas cosas de comer. No hubiera querido que me fueran quitadas. Iba a sentarme en una escalera y pensaba en lo que podía hacer para esconderlas. Súbitamente, vi como un relámpago a dicho Niño, y me dijo: “Da por mi amor todas estas cosas al primer pobre que venga”. Enseguida oigo a un pobre que dice: “Un poco de limosna por amor de Dios”; y entró dentro de la puerta. Le di la mitad, y lo demás quería conservarlo para mí.

Al ir a entrar en casa, encuentro otro pobre, y yo tenía intención de darle lo que me quedaba, porque pedía con gran insistencia alguna cosa por amor de Dios. Iba a darle lo que tenía, pero la gula me hizo retener algunas cosas para mí.

Cuando llegué a casa, no podía sosegar ni estar tranquila si no se lo daba todo a los pobres. Fui a la ventana y lo arrojé todo a la calle; reservé un bizcochito para mí. Por entonces no me di cuenta del defecto, porque no tenía conocimiento; pero al reprenderme el Señor por esto, ¡oh! ¡Qué cosa más grande me parece que sea! Con este hecho, él me ha dado a entender cuántas faltas he cometido, por no haber tenido verdadera caridad. ¡Qué confusión, qué vergüenza y qué dolor me causan estas cosas que Dios pone ante mí. Estos dos hechos, jamás se los he manifestado a persona alguna. Ahora, Dios me hace recordar todo lo que ha obrado en mí ¹³.

En mi más tierna edad, cada vez que veía las imágenes de la santísima Virgen y del Niño Jesús, no me saciaba de besarlas. Así recuerdo que muchas veces, a la misma edad de tres o cuatro años, iba ante una imagen de la santísima Virgen que tuviera el Niño Jesús en los brazos y le decía: “Dadme vuestro hijito”, quedándome con las manos en alto esperando que pusiese el Niño Jesús en mis brazos. Y si los de mi casa me daban de comer, antes de tomarlo, iba ante aquella imagen y decía: “Jesús mío, venid, que no quiero comer sin Vos”. Pasaba un buen rato llamándole y decía: “Santísima Virgen, dádmele”. Rogábala de corazón, y me parecía a veces que aquellas figuras no fuesen pintadas como lo eran, sino que, tanto a la Madre como al Hijo, los veía como criaturas vivas, tan hermosas, que me consumía en deseos de abrazarlas y besarlas.

¹³ Tomo V, pp. 302-303.

Muchas veces, cuando estrenaba algo, vestidito, corales, o cualquier otra cosa, íbame enseguida ante dichas imágenes y decía: “Venid Jesús mío, venid que os daré todas estas lindas cosas”. Y me comenzaba a despojar de todo poniéndolo en el suelo; y de nuevo le llamaba. Y me parece que dos y más veces, él estuvo en actitud de tenderme la mano bajándola. Pero yo decía: “Bajad Vos, si queréis estas cosas”.

Recuerdo que una mañana estaba delante de una Virgen que amamantaba al Niño Jesús, y yo decía: “Venid a mí, Jesús mío, que yo también os daré leche”. Y ahora me parece recordar que en aquella ocasión el Niño se rió; miróme un poco, y luego nuevamente se cogió al pecho de la Madre. ¡Oh Dios! No sé cómo fue. No podía más. Quería llegar a dicha imagen y no podía.

Muchas veces iba ante alguna imagen de la santísima Virgen y decía de corazón: “Dadme este Niño, que yo le tendré siempre conmigo”. Y luego le decía a Jesús: “Venid, venid. ¡Os deseo tanto! Os daré todo cuanto tenga; venid conmigo”. Paréceme recordar que muchas veces el Niño Jesús me tendía la mano, o bien él mismo me llamaba a sí. ¡Oh Dios! Aquí no sé ni puedo referir cosa alguna, porque no recuerdo bien qué dejaba en mí todo aquello. Solo recuerdo que yo no tenía más pensamiento que él. A veces se aparecía tan resplandeciente que no podía mirarle, y sin conocimiento alguno le decía: “Sois todo mío”. Y él replicaba: “Y tú eres mía”. Entonces a gritos le decía: “Venid a mí”. Y le llamaba innumerables veces.

En cualquier sitio donde viese a Jesús y a María me paraba; y si no podía, cuando no me veían los demás, volvía al mismo sitio. A veces él razonaba conmigo, contestándome a todo. A veces le veía reír, y antes de separarme de él le decía: “Soy vuestra, y Vos sois todo mío”. Y él decía: “Soy para ti, y tú toda para mí”. ¡Oh, qué contento sentía! No sabía lo que hacía. Solo recuerdo que me ponía a correr por toda la casa, sin que nadie pudiese detenerme.

Muchas veces vi a Jesús en una imagen como criatura visible; y una vez entre otras me parece que fui diciendo en alta voz que quería aquel hermoso Niño, y por lo menos darle un beso. Así es que una de mis hermanas lo cogió, pero yo ya no le veía como antes, sino niño de cera que estaba allí en el pesebre. Así es que dije: “No es este aquel tan hermoso”. Y lloraba amargamente, pensando que lo habían ocultado.

Otra vez, también por el mismo tiempo, estaba yo ante el Niño Jesús, y de corazón le rogaba que se dignase aceptar mi corazón; y él me dijo: “Sí lo

tomaré, y yo seré tu corazón”. Toda contenta extendí la mano para tomarlo, pero desapareció ¹⁴.

Recuerdo que una vez me regalaron unas estampas de la santísima Virgen con Jesús en los brazos; y queriéndolas yo, no me las quisieron dar, pero atisbando dónde las ponían, puse la mano en ellas, y no paré hasta que puse una en el seno. ¡Oh, cuán contenta estaba teniendo junto a mí al Niño Jesús! Pero duró poco, porque pronto se me rompió. Y yo fui de nuevo a la otra imagen compañera de ésta, y cogí el otro Niño, el cual tampoco me duró mucho, porque entre besos y caricias, presto se desgarró. Si hubiese podido, hubiera hecho lo mismo con cuantas imágenes veía; pero no podía.

A veces, cuando veía alguna imagen que me gustaba y no podía llegar a besarla, cogía un bastón o una caña y la hacía caer para tenerla en la mano, lo cual hice también muchas veces. Otras, con mesas, sillas, taburetes y demás, formaba como una escalera para encaramarme hasta alguna imagen, y en particular una de la santísima Virgen que teníamos en un aposento. ¡Me gustaba tanto! y estaba también Jesús, a quien muchas veces había visto tenderme la mano. Quería llegar hasta él para darle siquiera un beso. Hice la escalera con todos aquellos trastos, subí a ella, y cayendo me descalabré de mala manera. Sin embargo no me atemoriqué, y lo hice muchas veces, ocurriendo siempre lo mismo.

Me enfadaba yo con el Niño Jesús, y poniéndome delante de él con la cabeza vendada, le decía: “¿Veis lo que me habéis hecho? Por vuestra causa tengo rota la cabeza. ¿Por qué no venís a mí?”. Me parece recordar que el Niño se reía; y yo le decía: “No os riais, sino venid ahora. Si no venís, me romperé de nuevo la cabeza, porque de veras os quiero”. Y me sentaba allí en el suelo, añadiendo: “No me moveré de aquí, si no venís”. Así me estaba mucho rato, pero no podía sosegar, porque era como una pólvora.

Dejaba aquella imagen, y me iba a alguna otra, ante la cual hacía lo mismo, diciendo: “¿También Vos sois como aquel otro, y tampoco queréis venir?”. Iba a buscar algún manjar, y poniéndolo allí en el suelo, decía: “Jesús mío, no quiero comer sin Vos”. Esperaba un buen rato, y al fin comía ¹⁵.

Una vez, yendo al huerto de casa, de pequeña, en un abrir y cerrar de ojos, vi un bellissimo niño. Corrí tras él, para abrazarle, pero enseguida huyó. Yo di vueltas por todo el huerto para volverle a encontrar; y luego, toda alegre fui buscándole por toda la casa. Corría y me reía y no decía más. Pero no le pude ver más. Y el Señor me ha hecho entender que era él. No sólo se me mostraba

¹⁴ Tomo I, pp. 56-59.

¹⁵ Tomo I, pp. 284-285.

visiblemente, sino que hasta durmiendo, siempre soñaba con el Señor y la santísima Virgen; y me acuerdo que muchas veces, enseguida me despertaba de la alegría que tenía. Y mis hermanas me decían que muy a menudo me oían reír, mientras dormía con ellas.

Ahora el Señor me ha hecho recordar que, estando yo ante un crucifijo, le dije de corazón: “También yo quiero estar así como estáis Vos, Señor”. Y estuve mucho tiempo con los brazos en cruz. Y por no poder alcanzar a besarle, di muchos besos a la pared donde estaba arrimado.

El Señor me ha hecho recordar que yo decía muy a menudo entre mí misma: “Yo quiero ser esposa de Jesús”; y si, por acaso, encontraba alguna imagen del Niño Jesús, le decía: “Señor, yo quiero ser toda vuestra”. Así decía, pues me acuerdo como si fuese ahora; pero no tenía conocimiento ¹⁶.

Recuerdo que cuando iba a casa algún niño, llevábale enseguida a hacer reverencia a mi santísima Virgen y le hacía rezar el Avemaría. A los que lo hacían, les daba de comer, acariciándoles muchísimo. Pero a veces iban algunos tan obstinados que no les podía hacer inclinar la cabeza, ni querían rezar el Avemaría. A estos les daba cachetes, y les hacía pasar la puerta diciéndoles: “No volváis más, porque no os quiero, ya que no queréis bien a mi Virgen”.

Muchas veces, cuando había flores en el huerto, hacía ramilletes y coronas que llevaba a mi Niño Jesús. Quería que las tomase; y como no podía llegar a dárselas, cogía una caña larga y se las ofrecía así, enfadándome a veces porque no tomaba las flores.

Recuerdo ahora que una vez, en tiempo de rosas, por coger una, me pinché toda con sus espinas. Llévesela a Jesús, y quería que bajase junto a mí, pues de lo contrario no le daría aquella rosa. De repente me pareció ver que aquella imagen se movía y se hacía hermosísima. Esforzábame yo en decir: “Jesús, venid”. Y añadía: “Venid”. Como un relámpago parecíame ver a Jesús ante mí. Cogióme aquella rosa, y enseguida huyó. ¡Oh, cuánto lloré! Y decía: “Me pinché toda por él. ¡Y me hace esto!”. Y lloraba tan fuerte que recuerdo que mis hermanas acudieron a ver qué tenía. Yo nada dije, pero nadie podía tranquilizarme.

Pocos días después volví ante aquella imagen, y de nuevo comencé a llamar a Jesús, y recuerdo que le dije: “¿Cómo? ¿Queréis venir, huyendo después? Mejor no vengáis, porque me la habéis hecho ya tantas veces que ya

¹⁶ Tomo III, p. 469-470.

basta. Yo os llamo para que os quedéis conmigo para siempre. Esto quiero”. Todas estas cosas las he hecho muchas veces.

Recuerdo asimismo ahora que muchas veces, teniendo que llevar alguna mesa o cosa pesada, y no pudiendo hacerlo yo sola, me parecía sentir siempre como una persona junto a mí¹⁷.

El Niño Jesús se le siguió apareciendo cuando era religiosa. Ella misma refiere: Hace pocos años la noche de Navidad, después de salir de la iglesia las monjas, me fui allí junto al Nacimiento. Vi de repente al Niño del pesebre todo resplandeciente y como criatura viva. Le rogaba yo, pero de corazón, y le cogía la mano. Él se movía y me comunicaba un no sé qué.

Me sentí como alocada y en aquel momento le dije muchísimas cosas, ya de amor y de ofrecimiento, ya de súplica. Lo tomé en mis brazos y lo estrechaba contra mi pecho rogándole que se dignase tomar mi corazón en el cual sentía yo un no sé qué nuevo. Tenía mi cabeza apoyada en la suya y no hablaba con la lengua, sino que sentía que mi alma se unía por completo a él, con su amor. Me parecía que él me trocaba en otra¹⁸.

Me dio un raptó, en el cual me parecía hallarme en un lugar espacioso y grande. Oía sonidos y cánticos, pero nada veía. Sólo mi ángel custodio, mostrábame con el dedo una gran luz a lo lejos, que venía hacia mí. En un instante vi venir muchos santos y santas, todos los cuales formaban círculo alrededor de un trono que había allí en medio de dicho lugar.

Y de nuevo oía en los aires cánticos y sonidos; pero nada veía. ¡Oh Dios! Parecía que dichos cánticos fuesen de ángeles y los sonidos del paraíso. Llenábanme el corazón, y cada vez veía acercárseme más aquella luz. De pronto apareció la santísima Virgen, llevando en brazos al Niño Jesús, quien me parecía ser el mismo que muchas veces había visto. La santísima Virgen me indicó si lo quería en mis brazos, y lo tenía de modo que parecía ofrecérmelo. Anhelaba yo tomarlo. Sentía tal ansia y deseo, que no podía más. Parecía que el corazón le llamase; y él estaba en actitud de querer venir. Súbitamente mi ángel custodio, me condujo allí y Jesús me dijo: “¿Qué quieres?”. Yo respondí, no sé cómo: “A Vos os quiero, mi sumo Bien”¹⁹.

El 22 de febrero de 1697 vi al Niño Jesús, quien me dio un beso de paz, confirmandome como su esposa²⁰.

¹⁷ Tomo I, pp. 295-299.

¹⁸ Tomo I, p. 134.

¹⁹ 8 de septiembre de 1697, tomo IV, p. 295.

²⁰ Tomo III, p. 335.

El 24 de febrero de 1697 por la mañana, en la comunión, tuve la visión del Niño Jesús, que se acercó a mí y, como en actitud de abrazarme, me dio el beso de la paz. Y con dicho beso me confirmaba los desposorios y todo lo que había obrado en mi alma ²¹.

Muchas veces al ver al Niño Jesús sentía uno de esos toques del corazón, que me hacían comprender que él era el esposo de mi alma, pero con aquellas huidas repentinas, parecía que me hacía morir de pena. A veces me parece que se lleva mi corazón. Es inútil que yo lo llame con muchos nombres y títulos: nada lo detiene. A veces me da tiempo para decirle: “Jesús mío, ¿queréis ya desposaros conmigo? ¿Por qué no os quedáis? Esposo mío querido, no hagáis el fugitivo. Quedaos conmigo”. He experimentado que a veces, hablándole así, se queda un poco más, pero sucede pocas veces ²².

En la mañana del 27 de enero de 1703, mientras mi confesor celebraba la misa, el Niño Jesús me ha quitado el corazón y me parecía que lo tuviera sobre el altar como las veces pasadas. Antes de empezar la misa me ha parecido que mi ángel custodio me ha avisado de parte de mi confesor que me preparara para la comunión. Durante la misa, por dos veces, me ha hecho entender lo mismo. Y mientras el sacerdote comulgaba, nuevamente me ha dicho mi ángel: “Ahora debe darte la comunión también a ti”. He visto a Jesús sacramentado en las manos de mi ángel custodio, quien me ha dicho las precisas palabras que se dicen en la comunión, y al recibir la sacratísima hostia, he experimentado en mí los mismos efectos de la comunión sacramental ²³.

Una tarde se me apareció el Niño Jesús y me iba mostrando un camino del todo espinoso; y él corría por aquellas espinas llamándome también a mí. En un instante estuvo al fin del camino y me hizo entender que aún no debía yo andar por él, pero que en breve tendría que pasar por el mismo, que no temiese, porque él vendría conmigo. Con cuánto gusto hubiera abrazado a aquel hermoso Niño que atraía a Sí mi corazón ²⁴.

Una Navidad, estando ante el Niño Jesús en el pesebre, le rogaba que concediese alguna gracia a mi alma y le pedía de corazón su amor. De pronto, me pareció quedarme como fuera de mí; se me representó el Niño Jesús y me dijo: “¿Qué deseas?”. Yo respondí: “¡A Vos, Sumo Bien mío!”. Y me pareció que me replicaba: “¿Qué es lo que pides?”. Yo repliqué a mi vez: “¡El amor

²¹ Tomo III, pp. 337-338.

²² Iriarte, p. 141.

²³ Tomo VI, p. 253.

²⁴ Tomo III, p. 171.

vuestro! ”. Y replicó de nuevo: “¿Qué es lo que quieres hacer con mi amor?”. Yo repuse: “¡Amar a quien tanto me ama, que sois Vos!”.

Al mismo tiempo me concedía cuanto yo expresaba; pero yo no entendía nada. Sentía en mi corazón como una llama ardiente; todo mi anhelo era amar a Dios. Aun después de volver a mis sentidos, me quedó un no sé qué; me parecía no poder hallar sosiego. Fuese donde fuese, estuviese donde estuviese, hiciese lo que hiciese, el Niño Jesús seguía en mi mente tan al vivo como lo había visto.

A veces, mientras me ocupaba en las faenas del convento, como acarrear agua y leña, barrer y cosas semejantes, me sentía sin fuerzas para hacerlo; a pesar de lo cual, siendo esos quehaceres propios de las novicias, me ponía a hacer todo, y decía dentro de mí: “Jesús mío, venid conmigo, que así todo se me hará fácil”.

Lo decía sin recapacitar, pero, a veces, le veía de pronto a mi lado, y luego desaparecía. Me dejaba tal vigor que no sólo hacía todo el trabajo, sino que hubiera hecho todavía más ²⁵.

Muchas veces el divino Niño bajó de los brazos de su santísima Madre, viniendo a abrazarme, como hacen los niños; pero al instante se volvía a los brazos de María santísima.

Ahora he recordado que una vez me quité los corales que llevaba al cuello, y le dije a Jesús que, si venía, se los daría. Y me parece que María santísima y Jesús bajaron allí al suelo, donde yo estaba, y tomando Jesús los corales, se los puso al cuello, lo cual me causó gran contento. Pensaba que me los devolvería; pero se estaba quieto y le gustaban. Yo no sabía cómo hacerlo, porque los quería; y al cabo de un rato se los pedí. Quitóselos del cuello riendo, y se los dio a la santísima Virgen, quien me los devolvió, dándome un amoroso beso, y lo mismo hizo Jesús. Estas simplicidades mías se repitieron muchísimas veces con la imagen que tiene el canónigo Carsidoni.

Esta santísima imagen está de tal manera impresa en mi mente, que siempre me parece estar viéndola a la manera que se me mostraba cuando yo era chiquitina. Dábame advertencias como madre amorosa; y entre otras me dijo un día: “Hija ¡te ama tanto este Hijo mío! Prepárate, que será tu esposo”. Y yo me propuse no querer otro esposo más que él; y desde aquel día quedó en mi corazón gran amor y ansia de Jesús. Después de haber hecho este pacto con él, iba a verle más frecuentemente. Todo lo que me daban de hermoso y bueno, iba a enseñárselo a Jesús. Me dijo un día: “Te quiero mucho. Procura no poner tu

²⁵ Iriarte, pp. 91-92.

amor en otro, sino que sea todo para mí”. Y yo contesté: “Jesús amado, ¡os quiero tanto! Enseñadme el modo como me debo portar”. Y dirigiéndose a la santísima Virgen dijo: “Sea guiada por Vos esta nuestra amada hija”. Y ella prometió hacerlo, de lo cual he experimentado los efectos.

Otra vez, hallándome yo triste con el Niño, porque no había querido venir conmigo a hacer altarcitos, fui, pero ya no le invité. Hacía la enfadada con él, y no lo quería invitar más. Él me dijo: “¿Por qué no me llamas?”. Y yo hosca. La santísima Virgen me dijo: “Hija, este mi Hijo quiere ir a ti”. El Niño se vino a mis brazos, como volando, y yo, toda contenta, me lo quería llevar; dirigiéndome a María santísima, le dije: “No penséis volver a verle”. Apenas hube dicho esto cuando, de un vuelo, el divino Niño volvió a los brazos de su Madre santísima ²⁶.

Esta mañana, después de la comunión vi al Niño Jesús... El Señor tomó un rosario que yo tenía en la mano. Lo besaba y luego lo mostraba a la Virgen. De pronto vi muchos santos, particularmente al padre san Francisco, san Felipe Neri y santo Domingo. Todos estos santos gozaban mucho con cuanto el Señor hacía conmigo. En esto el Señor me volvió a poner el rosario en el brazo y yo le dije: “Esposo mío, yo quisiera que este rosario lo pusierais también en manos de la santísima Virgen y de todos estos santos y particularmente de estos tres que me hacéis conocer”. Él me aseguró que me complacería en esto... Y me dio el beso de la paz ²⁷.

De nuevo Jesús cogió el rosario que yo llevaba al cuello y se lo dio a la beatísima Virgen y ella se lo tendió a san Felipe Neri, y éste con el mismo rosario tocaba los pies del Niño Jesús. Por fin dicho santo se lo tendió a Jesús y el Señor volvió a ponerlo en mi cuello ²⁸.

En la Navidad de 1702, al hacer la procesión con el “Niño”, la Madre me dio a mí el Niño para que lo llevase. Enseguida dicho Niño se convirtió en niño de carne palpable y tan caliente que, al llevarlo, me quemaban las manos y me sentía inflamar el corazón. Me parecía que, al entrar en la celda de las hermanas, el Niño se transformaba. Tan pronto lo veía completamente contento como disgustado. Lo vi contento en ocho celdas, en las demás se mostró disgustado. De vez en cuando se le inflamaba la cara, lo que también notaron las hermanas. Al llevarle a la enfermería, se turbó más que en todos los demás lugares y parecía que fuera allí como a la fuerza. Al volverle a llevar al pesebre, de nuevo se volvió como actualmente está ²⁹.

²⁶ Tomo I, pp. 276-279.

²⁷ 5 de mayo de 1697, tomo IV, p. 24.

²⁸ 8 de mayo de 1697, tomo IV, p. 30.

²⁹ Tomo VI, pp.195-196.

El 28 de febrero de 1703 se hizo la procesión del “Niño” en el pesebre por las presentes necesidades de los terremotos. Mientras lo llevaba, este Niño se transformó por tres veces en niño de carne y parecía que me quisiera abrazar y yo me quedaba alocada de su divino amor... El santo Niño tenía tanto fuego que, al llevarlo, me quemaba ³⁰.

El 14 de mayo de 1715, Jesús Niño con sus caricias y sus enseñanzas me hizo enloquecer y de tal manera me encuentro que no hallo modo de escribir las obras que hace en mi alma ³¹.

Jesús Niño se abrazó a mi cuello estrechamente y me comunicó su divino amor. Me decía: “Esposa mía, yo te he tomado y atado y con ligaduras de amor te tengo” ³². *Una mañana durante la misa tuve la visión de la santísima Virgen con el Niño Jesús. María hacía señal de que fuera allí con ella. El Niño Jesús hacía lo mismo. En ese momento he visto a mi ángel custodio, que también me indicaba que fuera allí donde estaba la santísima Virgen... La Virgen puso el Niño Jesús en mis brazos. Lo que en aquel momento he experimentado no puedo describirlo* ³³.

He aquí expresado sencillamente el amor de santa Verónica Giuliani al Niño Jesús. Para ella todos los días era Navidad y hablaba y jugaba con él como si estuviera en la cueva de Belén.

EL AUTOBÚS DE JESÚS

El filósofo norteamericano Emerson escribió que un día caluroso de verano subió a un autobús. Y refiere: *Cansado y aburrido iba realizando el viaje. Con el mismo aburrimiento estaban sentados también los demás viajeros sin pensar en nada, cuando en una de las paradas, subió al coche una mujer joven con su hijito, de cabellos rubios y ojos azules. Apenas se hubieron sentado en un rincón del coche, cambió del todo el humor de los pasajeros. Como si todas las preguntas, sonrisas, carcajadas del inocente niño, trajesen el aire del paraíso perdido a los hombres, cansados por el camino fatigoso de la vida. Y la madre sostenía con tanto encanto y amor a su hijito, y le hablaba con tal cariño, que la mirada de todos se clavaba en ellos y un calor extraño derretía los corazones, sumidos antes en la indiferencia.*

³⁰ Tomo VI, pp. 307-308.

³¹ Tomo VII, p. 627.

³² Tomo VII, pp. 631-632.

³³ Tomo V, p. 88.

Pues bien, el autobús que los astrónomos llaman Tierra, iba corriendo por el universo hacía ya millares de años, con millones y millones de pasajeros: hombres agotados, maltrechos, sumidos en la indolencia, que ni sabían adónde iba el coche..., cuando un día, hace dos mil años, subió a él una madre joven, teniendo en los brazos a su hijito rubio y sonriente; y, apenas ocupó un asiento en un rincón del coche, allá en la cueva de Belén, el alma de los viajeros se sintió caldeada por un fuego jamás sentido; y el corazón, antes indiferente, recibió nuevas fuerzas como por ensalmo, con una paz y una ternura desconocidas. Y, desde aquel día, la Madre y el Hijo viajan siempre con nosotros e irradian un encanto indecible y una fuerza de aliento, que refrigera las almas cansadas en las luchas de la vida ³⁴.

Si quieres encontrarlos, puedes visitarlos en la pequeña cueva de Belén del sagrario de nuestras iglesias católicas. Te deseo un feliz viaje por el camino de la vida acompañado por Jesús y María, que siempre te esperan en la Eucaristía.

UN SUEÑO CON JESÚS

Un día soñé que una niña caminaba y caminaba sin cansarse por un camino, dirigiéndose a una antigua ciudad de Judea. Al llegar cerca de la ciudad, preguntó a unos pastores dónde estaba el Niño Dios recién nacido y ellos amablemente le indicaron una cueva cercana en medio del monte. Hacia allí se dirigió y, encontró al Niño, acostado en un pesebre y acompañado de sus padres.

Ella lo miró con cariño y su madre le invitó a tomar al Niño entre sus brazos. Lo tomó, lo abrazó y lo besó muchas veces con una alegría desbordante. La Virgen y san José le sonreían y el Niño, no solamente le sonrió, sino que le habló y le dijo: *Yo te amo y quiero que seas mi esposa. Tengo para ti una misión especial: que vayas por el mundo y les digas a todos los hombres y mujeres que encuentres en tu camino que yo los amo, que vengan a visitarme, que yo los espero todos los días en la Eucaristía. Si tienen hambre, yo seré su pan. Si tienen sed, yo seré su agua. Si viven en la oscuridad, yo seré su luz. Si su corazón está vacío, yo lo llenaré de amor* ³⁵.

La niña se sintió inmensamente feliz de haber encontrado al Niño Dios y decidió entregarle su vida entera y ser su esposa para siempre.

Alguno dirá: Es un cuento demasiado simple y sin valor. Pero puedo asegurar lo que una religiosa carmelita descalza me contaba de su propia

³⁴ Tihamer Toth, *La Virgen María*, Ed. Rialp, Madrid, 1988, p. 10.

³⁵ San Agustín, in Io Ev tr. 13, 5.

experiencia: *Yo nací en Londres de familia judía. A los 11 años mis padres me enviaron a estudiar a una escuela católica. Un día fui con una amiga a visitar la capilla y, al entrar, instantáneamente, sin pensarlo, sentí con una fuerte claridad que allí en el sagrario estaba Dios. Y eso mismo me pasó en las dos siguientes iglesias católicas que visité. Entonces entendí que la Iglesia católica tenía la presencia de Dios y que Jesús estaba allí, esperándome, y que quería ser mi amigo. Yo decidí hacerme católica y entregarle mi vida como esposa para siempre* ³⁶.

Otra religiosa francesa me escribía diciéndome: *Desde mi nacimiento hasta los 24 años nunca pisé una iglesia. Pero un día estaba tan cansada de viajar que buscaba ansiosamente un hotel y no encontraba alojamiento. Estaba en una ciudad del Senegal. Alguien me sugirió pedir alojamiento y comida por una noche en una abadía benedictina y la abadesa me lo concedió.*

Cuando fui a la habitación que me designó para descansar, vi un crucifijo sobre la cabecera de mi cama. Yo era atea y el crucifijo me parecía algo ridículo y le dije en voz alta: “¿Qué haces ahí?”. Y de pronto me contestó en una luz maravillosa y me hizo comprender todo el amor infinito que sentía por mí y por todos los hombres y que tenía necesidad de hombres y mujeres que fueran por el mundo a predicar su Palabra y decirles a todos que él los amaba y había muerto por ellos. Inmediatamente le dije: “Señor, aquí estoy, quiero amarte y servirte durante toda mi vida”. A los pocos meses entré en un monasterio para servir al Señor como esposa, como le había prometido ³⁷.

Jesús está vivo y se hace pequeño en la hostia consagrada. Ahí está escondido para que no le tengamos miedo. Él nos ama y espera nuestro amor. Cada vez que un niño nace es como si naciera Jesús de nuevo en el mundo, pues trae alegría, paz y esperanza como hace 2.000 años, aunque algunos como otros Herodes prefieran matarlo por el aborto. Y cuando ese niño se bautiza y su alma, que estaba oscura y sin Dios, se llena de luz, de amor y de Dios, Jesús nace en su alma y es Navidad para él.

Y cada vez que un hombre pecador se confiesa arrepentido y se convierte, su corazón, que estaba vacío y en oscuridad, se llena de Dios y es Navidad para él. Alegrémonos en Navidad, no solo por la buena comida y los regalos o la reunión familiar, no olvidemos a Jesús que quiere nacer en nuestra vida y en nuestro corazón, sobre todo si lo hemos alejado de nosotros por el pecado.

³⁶ *Religiosas contemplativas, las personas más felices del mundo*, Arequipa (Perú), p. 13. Puede leerse en www.libroscatolicos.org.

³⁷ *Ib.* p. 14.

Vivamos la Navidad con Jesús y hagamos de nuestra vida una continua Navidad, repartiendo amor, paz, alegría y esperanza a todos los que nos rodean.

Navidad es Jesús, pero no hay Navidad sin María. Vivamos la Navidad con Jesús y María, sin olvidar a san José. En cada misa están los tres unidos y presentes para celebrar con el sacerdote y todos los presentes el gran misterio de la Navidad. Navidad es la natividad, el nacimiento, el cumpleaños de Jesús. ¿Qué le vamos a ofrecer? Él no necesita cosas materiales. Ofrezcámosle muchas flores de amor (de buenas obras), pero también quiere que le entregemos nuestros pecados para darse el gusto de perdonarnos por medio de una buena confesión y así, con un corazón limpio, podamos decirle con verdad y sinceridad: *Jesús, te quiero mucho. Feliz cumpleaños, Feliz Navidad.*

&&&&&&&&&&&&&&